



¿Año, de verdad nuevo...?

Es tiempo de pasar de las nociones vagas a los conceptos sólidos. Florestán

El año nuevo, por indiferente, por igual, en México, ha sido siempre una prolongación del anterior que para diferenciarlo descalificamos como viejo: el año viejo.

Para efectos prácticos de la vida pública, enero es a diciembre, lo que éste a noviembre, y éste a octubre, y así en un calendario retroactivo sin fin.

La única excepción fue el 1 de enero de 1994, el año que cambió a México.

Dos días antes de Nochebuena, en Tokio, un exultante Carlos Salinas, en la víspera de la activación del TLC, se había despedido de los periodistas tras una triunfal visita a China y Japón.

“Nos vamos todos de vacaciones, ya no habrá nada hasta después de Reyes”, dijo en un brindis con los reporteros que cubríamos aquella gira.

Unas semanas antes había visitado en Chiapas la zona en la que el Ejército había dado la alerta de insurgencia ignorada por las autoridades civiles de su gobierno, sin imaginar que en aquel mismo suelo que pisaba estaba por estallar un alzamiento armado.

Tan seguro estaba...

La noche del 31 de diciembre, Salinas despedía al año viejo en Los Pinos, con todo listo para la recepción del TLC.

Tras haber apurado las 12 uvas y brindado con los elegidos para acompañar al Presidente de la República a recibir su último año nuevo en la casa presidencial, el próximo diciembre sería Luis Donaldo Colosio, un ayudante militar le pasó una tarjeta, dejó la fiesta y aturrido, incrédulo, escuchó un primer informe telefónico: un Ejército, zapatista y de liberación nacional se había levantado en armas declarándole la guerra al Estado mexicano, a lo que siguieron reportes de enfrentamientos con muertos y heridos y él sin conocer la dimensión del alzamiento, ¡él, Salinas! ¡No sabía qué estaba pasando! Pero no era nada bueno y lo imprevisible lo agravaba.

Aquel 1 de enero del 94 sí que fue todo un, por inédito, año nuevo.

Luego, a lo del EZLN seguirían los grandes secuestros, Harp, Vargas, Lozada; el juego perverso del candidato presidencial alterno; el asesinato de Luis Donaldo Colosio y la selección de Zedillo; el derrumbe de las reservas que en diciembre sería saqueo, el homicidio, antes, de Mario Ruiz Massieu, adelantado líder del Congreso y su ex cuñado; las diferencias con el Presidente electo, primero, y constitucional, después, el derrumbe económico, la ruptura con el sucesor y el derrumbe, vía su hermano Raúl, de la imagen por la que había trabajado con denuedo, y con resultados, durante los cinco años anteriores.

Aquel sí que fue todo un año nuevo, que marcó a México y a los mexicanos, desencadenando la peor crisis económica del siglo XX, año que antecedió al fin del priato, que ahora se apresta a desembarcar de nuevo en Los Pinos.

Hoy han pasado 16 años.

Tan pocos, que parecen una eternidad...

Nos vemos mañana, pero en privado. ■ M

lopezdoriga@milenio.com

